

La Caridad Misionera en acto: el P. Esteban Blatiron (1614-1657)¹

Erminio Antonello, C.M.



P. Esteban Blatiron

De los escritos de una persona se puede deducir su modo de ser. Pues bien, en las cartas del P. Esteban Blatiron se percibe que la suya era una personalidad fuertemente enardecida por el celo apostólico. En los últimos años de su formación en el seminario debió quedar sensiblemente impresionado por el espíritu misionero de San Vicente;

¹ Esteban Blatiron, sacerdote de la Misión, nacido en Saint-Julien-Chapteuil (Haute-Loire) el 6 de Enero de 1614, recibido en la Congregación de la Misión el 6 de Enero de 1638, ordenado sacerdote en 1639, destinado en Alet (1639-1641), en Saintes (1641), en Richelieu (1641-1643), en Roma (1644-1645), en Génova (1645-1647). Los misioneros llegaron a Génova, a petición del Card. Durazzo. Aquí, como superior de una casa nueva, tuvo que organizar todo. San Vicente lo tenía como una de sus mejores misioneros y “un grandísimo siervo de Dios” (cf. ABELLY, *La vie del venerable serviteur de Dieu V.P.*, t. III, p. 49). El P. Blatiron murió en Génova el 25 de Julio de 1657, víctima de su propia abnegación en asistir a los apestados. Su biografía se encuentra en *Notices sur les prêtres, clercs et frères défunts de la Congrégation de la Mission*, t. II, pp. 151-203.

aquel espíritu que en una conferencia a los misioneros, le había hecho afirmar que en el mundo no hay nada más perfecto que extender el reino de Dios entre las almas y procurar la salvación del prójimo por el celo, que es la llama del amor de Dios². También las cartas dirigidas por San Vicente al P. Blatiron confirman que fue una característica de su personalidad el amor por extender el reino de Dios y la pasión por la salvación de las almas.

Ya en una de las primeras cartas que le escribió, San Vicente tiene que advertirle amablemente que “en la vida espiritual no se tienen muy en cuenta los comienzos; lo que importa es el progreso y el final”³ y al año siguiente tiene aún que moderar su celo. El P. Blatiron tenía entonces 27 años y hacía apenas un año que había sido ordenado sacerdote. Se encontraba en Alet, predicando una misión:

“En nombre de Dios, padre, cuide bien su pobre vida; contétese con ir gastándola poco a poco por el amor divino; no es suya, sino del autor de la vida, por cuyo amor tiene usted que conservarla hasta que se la pida, a no ser que se presentase la ocasión de darla”⁴.

Estas llamadas a la moderación vienen como un estribillo en las cartas de San Vicente. Y así otra vez:

“No sé si tengo que urgirle para que se tome algún descanso, pues bien sabe usted que el mayor contento que podría usted darme en este mundo consiste en cuidar de su salud. Cuídese, por amor a Nuestro Señor, y deje que yo le invite a que modere sus trabajos, mientras que otros le empujan a incrementarlos. Excúseme cuando apele a mis órdenes y dígales que es demasiado lo que le piden”⁵.

En estas palabras, San Vicente subraya el carácter activo y dispuesto del P. Blatiron, no obstante su débil y delicada salud⁶. Y de hecho toda su vida fue una continua oblación de sí mismo por la extensión del Reino de Dios hasta que la inmoló al servicio de los hermanos durante la peste de Génova, en 1657, a una edad joven.

² “Celo de extender el reino de Dios, celo de procurar la salvación del prójimo. ¿Hay en el mundo algo más perfecto? Si el amor de Dios es fuego, el celo es la llama; si el amor es un sol, el celo es su rayo. El celo es lo más puro que hay en el amor de Dios”, SVP.ES XI, 590; SVP XII, 307-308,

³ SVP.ES II, 107; SVP II, 129.

⁴ SVP.ES II, 157; SVP II, 185.

⁵ SVP.ES III, 175; SVP III, 195.

⁶ SVP.ES III, 234; SVP III, 256.

La fundación de la casa de Génova

En las misiones populares de Alet, el P. Blatiron, fue nombrado por San Vicente, en 1644, consultor del superior de Roma, P. Dehorgny. Pero poco después, en 1645, fue nombrado primer superior de la nueva fundación en Génova, pedida por el Card. Durazzo⁷. Este había quedado impresionado por el celo del P. Codoing, que en su viaje de Roma a París se había detenido en Génova, de enero a agosto de 1645, poniéndose a disposición del arzobispo para los ministerios de la Misión, despertando así en él, el deseo de tener una presencia estable de la nueva congregación, en su ciudad⁸. Hizo la petición a San Vicente, quien aprovechó pronto la ocasión para mandar a Génova cuatro sacerdotes y un hermano coadjutor, encabezados precisamente por el P. Blatiron. Nació así la nueva fundación. En marzo del año siguiente, se unió el P. Martín, procedente de Roma. El nuevo grupo misionero se puso pronto a trabajar, dedicándose a las obras características de la Misión: predicación en los campos y ejercicios al clero. Les animaba también el celo pastoral de su obispo que no daba tregua, hasta el punto de que San Vicente, sin faltar al respeto al prelado, pero salvaguardando la necesidad de evitar el excesivo cansancio de sus los misioneros, recomendaba por carta un poco de moderación y reposo en sus trabajos:

⁷ El Card. Esteban Durazzo provenía de una de las familias de la nueva nobleza de Génova: la familia de los marqueses Durazzo, que dieron a Génova 9 dux (magistrados supremos). El era hijo del dux de la República de Génova, Pietro Durazzo (1560-1631) y hermano del dux Cesare Durazzo (1593-1680). Fue creado cardenal en 1633 y arzobispo de Génova del 1635 al 1664. Gobernó la diócesis con mucha energía oponiéndose incluso al poder civil, sobre todo en dos ocasiones. La primera, cuando el dux quiso afirmar que su poder venía de Dios y que por lo tanto tenía también poder sobre la Iglesia. El conflicto se acentuó cuando el dux quiso controlar los hospitales y las confraternidades (la Casacce) que por aquel entonces representaban una red asociativa muy poderosa, con un notable peso económico y social. Estas pensaban que dependían sólo del poder civil y rechazaban la intervención reformadora del arzobispo. La segunda, cuando el poder civil habría querido contralar el seminario, pero él no cedió, porque la reforma del clero era objetivo primario de su episcopado. En el sínodo de 1643, sus decisiones fueron criticadas por la parte del clero que era contraria a toda reforma; Y el senado de la República, a partir de 1648, para presionar más, apeló a Roma pidiendo su alejamiento. Con ocasión de la peste de 1656 se prodigó heroicamente hasta el punto de merecer el apelativo de *Borromeo de Genova*. Después de 1656, vivió en Roma (1659-1661). A su regreso, la situación era todavía crítica, por lo que, y por la grave enfermedad que había contraído, renunció al gobierno de Génova y se retiró a Roma. Ayudó a los religiosos y mostró siempre una gran benevolencia y devoción por San Vicente y sus misioneros. Murió en Roma el 22 de Julio de 1667.

⁸ SVP.ES II, 463-464; SVP II, 544.

“Me parece bien la razón del señor c[ardenal] arzobispo para no concederle reposo en sus faenas, teniendo en cuenta su celo o las disposiciones y el fervor actual de los pueblos; pero hay que mirar más lejos y conservar a los obreros para que dure el trabajo. Por tanto, haga lo que pueda por moderar un poco las cosas. Y si él insiste, al menos procure no cansarse tanto en la cátedra y en las funciones. Hábleles más familiarmente y en voz más baja, haciendo que se acerquen a usted; la virtud no está nunca en los extremos, sino en la discreción, que les recomiendo todo lo que puedo a usted y al padre Martin”⁹.

La actividad misionera, gracias sobre todo al celo de los PP. Blatiron y Martin, andaba viento en popa. Ante las grandes masas del pueblo que se acercaban a los sacramentos, se las ingeniaban para satisfacer al mayor número de fieles. De una misión de 1646, escribe a San Vicente el P. Blatiron:

“Hemos llegado a estar – le dice – hasta dieciocho confesores. Ha habido más de tres mil confesiones generales y gran número de reconciliaciones de grandísima importancia; gracias a ellas han acabado unas desavenencias que habían causado veintitrés o veinticuatro asesinatos. La mayor parte de los que se habían manchado con ellos, después de obtener el perdón y la paz por escrito de las partes ofendidas, podrán obtener la gracia del príncipe y alcanzar la anterior situación”... “Cuando le escribí – dice – sobre el orden que guardamos en nuestras misiones, me olvidé decirle lo que hacíamos para instruir al pueblo y para aligerar la tarea de los confesores. Tenemos dos jóvenes eclesiásticos, que fuera del tiempo del catecismo enseñan los misterios a todos los que quieren confesarse, y cuando están suficientemente instruidos, les dan una pequeña nota impresa con ese fin, y los penitentes la presentan a su confesor, quien por ese medio está seguro cuando un penitente va a confesarse de que está bastante instruido en las verdades cristianas, y así no se molesta en preguntarles. Eso hace que los confesores adelanten en su trabajo y no hacen esperar tanto a los que están alrededor de los confesionarios”¹⁰.

Conforme a la tradición de la Misión, los misioneros procuraban fundar las Caridades en las zonas evangelizadas. El P. Blatiron se ocupó de organizarlas lo mejor que pudo, dándoles reglamentos y probando la posibilidad de un nuevo modo de agregación, favoreciendo la presencia de hombres y mujeres. San Vicente le manifiesta delica-

⁹ SVP.ES III, 89-90; SVP III, 90-91.

¹⁰ SVP.ES II, 521-522; SVP II, 609-610.

damente su experiencia negativa y deja la libertad al P. Blatiron para fundar las Caridades como mejor le parezca:

“Todavía no he tenido tiempo para examinar su reglamento de la Caridad; le diré entretanto que, por lo que se refiere a los protectores y consejeros, quizás ese uso sea bueno en Italia; pero la experiencia nos ha hecho ver que es perjudicial en Francia. Los hombres y las mujeres juntos no se ponen de acuerdo en materia de administración; aquéllos desean hacerse cargo de todo y éstas no lo pueden soportar. Las Caridades de Joigny y Montmirail 1 estuvieron gobernadas al principio por uno y otro sexo; los hombres se encargaron de los pobres sanos, y las mujeres de los inválidos; pero como había bolsa común, fue necesario quitar a los hombres. Y yo puedo dar este testimonio en favor de las mujeres, que no hay nada que decir en contra de su administración, ya que son muy cuidadosas y fieles. Quizás en Italia no sean tan capaces de hacerlo así; por eso mismo no le doy como regla esto que acabo de decirle”¹¹.

Junto a la predicación misionera y a la organización de las Caridades, el P. Blatiron, con los cohermanos, desarrolló una gran actividad a favor del clero. Esta se inició inmediatamente después de la llegada a Génova. Con el apoyo del arzobispo pudo invitar a los ejercicios espirituales a todos los párrocos y sacerdotes en cuyos lugares habían predicado misiones¹². En una carta de 1646 se lo cuenta así a San Vicente:

“Ya han venido varios [párrocos y sacerdotes] para hacer el retiro. No puedo expresarle el gran consuelo que han recibido ni la abundancia de gracias que Nuestro Señor les ha concedido ni la gran modestia y silencio que han observado, ni su humildad y sinceridad en dar cuenta de sus oraciones, ni las conversiones admirables y casi milagrosas que se han conseguido”.

“Entre otros, ha habido un párroco que me ha dicho casi en publico que había venido para burlarse, más por hipocresía que por devoción, y para que el señor cardenal le aumentase la renta. Dijo además que la Misión nunca había tenido peor enemigo que él, pues había dicho de ella todo lo malo que se puede imaginar, lo mismo que de Su Eminencia. Era un hombre muy entregado al vicio, que había obtenido un beneficio por simonía, recibiendo las órdenes sin más título que ese beneficio, ejercido las órdenes, administrado los sacramentos y desempeñado los demás deberes parroquiales durante muchos años en el mismo estado; un hombre de

¹¹ SVP.ES IV, 71; SVP IV, 71.

¹² SVP.ES III, 75-76; SVP III, 74.

negocios y de intrigas, etcétera. Pero finalmente Dios le ha tocado, y le ha tocado con mucha eficacia: se ha convertido, ha llorado, se ha humillado y ha dado muchas pruebas de haber cambiado. Todos los que lo vieron en estos ejercicios u oyeron hablar de él se han quedado muy edificadas, y nosotros no menos que los demás, ya que ha producido mucho fruto, a cada uno según sus necesidades”¹³.

En seguida, a una con la actividad de las misiones y de los ejercicios a los sacerdotes, el P. Blatiron pensó en la animación vocacional y el P. Martín se ocupó de algunos seminaristas que pedían entrar en la Congregación. En 1647, San Vicente hizo enviar a Génova el reglamento del seminario de Bons-Enfants¹⁴. A este respecto, el P. Blatiron hizo cambiar de pensar a San Vicente que por mucho tiempo no se atrevió a pedir a Dios nuevas vocaciones para la Compañía, confiando únicamente en la Providencia. De hecho, el P. Blatiron había confiado a su devoción a San José, el nacimiento de nuevas vocaciones y San Vicente se adhirió a ellos, como dice en una carta del 12 de Noviembre de 1655:

“Doy gracias a Dios por los actos extraordinarios de devoción que piensan ustedes hacer para pedirle a Dios, por intercesión de san José, la propagación de la compañía. Ruego a su divina bondad que los acepte. Yo he estado más de veinte años sin atreverme a pedirselo a Dios, creyendo que, como la congregación era obra suya, había que dejar a su sola providencia el cuidado de su conservación y de su crecimiento; pero, a fuerza de pensar en la recomendación que se nos hace en el evangelio de pedirle que envíe operarios a su mies, me he convencido de la importancia y utilidad de estos actos de devoción”¹⁵.

El eco de la unión de los corazones de los misioneros de Génova, en el trabajo apostólico y en la vida comunitaria, llegó a San Vicente y le hizo brotar una de las más bellas oraciones salidas de su boca:

“¡Bondad divina, une también así los corazones de esta pequeña Compañía de la Misión, y pídele lo que quieras! La fatiga será dulce y todo trabajo resultará fácil, el fuerte aliviará al débil y el débil amaré al fuerte y le obtendrá de Dios mayores fuerzas; y así, Señor, tu obra se hará a tu gusto y para la edificación de la Iglesia, y los obreros se multiplicarán, atraídos por el olor de tanta caridad”¹⁶.

¹³ SVP.ES III, 76; SVP III, 74-75.

¹⁴ SVP.ES III, 134; SVP III, 144.

¹⁵ SVP.ES V, 439; SVP V, 462.

¹⁶ SVP.ES III, 234; SVP III, 257.

El celo de los misioneros no les libró de algún choque. La diferencia entre su modo de evangelizar y el del clero era evidente. Se insinuaron algunos celos en el clero que ya encontraba fatigoso seguir el ímpetu reformador del arzobispo. Y se vio, en las largas dadas a los misioneros para entrar en posesión de la nueva vivienda que el cardenal les había ofrecido. La nueva residencia para la comunidad estaba ya lista desde 1647, pero hicieron falta dos años antes de que el Senado aprobara la donación.

La misión en Corcega

El mismo Senado se dio cuenta del impacto de las misiones en el pueblo y en 1652 pidió a los misioneros que se arriesgasen a una misión difícil en la isla de Córcega que entonces pertenecía a la República de Génova y que estaba en continua agitación contra el gobierno central. Los misioneros, con el P. Blatiron al frente, partieron para Córcega. La zona que se confiaba a su trabajo era la diócesis de Aleria, por entonces vacante. Estaba gobernada por dos vicarios, uno nombrado por voluntad de la Santa Sede y el otro, por el capítulo de la catedral. Los dos estaban en discordia, con gran confusión para el clero y los fieles. El equipo de misión estaba compuesto por siete sacerdotes de la Misión, ayudados por cuatro eclesiásticos y por cuatro religiosos, elegidos por el card. Durazzo. Pusieron su sede en Niolo, que era el centro de un valle largo y estrecho. Los problemas de carácter espiritual y social que encontraron los misioneros en Córcega eran múltiples: sobre todo las disensiones familiares, los odios y rencores entre las familias, las luchas entre los diversos clanes, por lo que había heridos y muertos asesinados por doquier. El sentido del honor y de la propia reputación, que venía defendida a toda costa, era tan fuerte que no se detenía ante la violencia o el delito con tal de obtener satisfacción. Era grande la ruina en las familias, porque el odio era inculcado ya en los pequeños, dando lugar a hostilidades sin fin. A esto se unían los homicidios o los delitos de carácter pasional, en los que también participaban las mujeres. Todo esto, unido a la aversión hacia los dominadores, alimentaba el bandidismo que la República de Génova, a pesar de los medios usados, no era capaz de extirpar y que era favorecido por el terreno, con sus montañas ásperas e impenetrables bosques y escondites naturales. La misión fue muy difícil. Parecía imposible hacer mella en el ánimo de la gente, sobre todo en los hombres, muchos de los cuales venían sí a la predicación de los misioneros, pero armados. El mismo P. Blatiron se lo cuenta a San Vicente:

“Todas aquellas personas estaban tan llenas de odio y de deseos de venganza que todo cuanto pudiera decirse para curarles de aquella extraña pasión no dejaba ninguna impresión en sus espíritus;

incluso muchos de ellos cuando se hablaba del perdón a los enemigos se salían de la iglesia de manera que todos estábamos muy preocupados y yo más que los otros puesto que me había encargado especialmente de procurar la avenencia entre los enemigos.

Finalmente el día anterior a la comunión general al acabar la predicación después de haber exhortado expresamente al pueblo al perdón, Dios me inspiró que tomara en la mano el crucifijo que llevaba sobre mí y que les dijera que quienes estuvieran dispuestos a perdonar vinieran a besarlo; además de parte de Nuestro Señor que les tendía sus brazos les dije que los que besasen ese crucifijo darían una señal de que querían perdonar y de que estaban dispuestos a reconciliarse con sus enemigos. A estas palabras empezaron a mirarse unos a otros pero al ver que ninguno se acercaba disimulé que quería retirarme y oculté el crucifijo quejándome de la dureza de sus corazones y diciéndoles que no merecían la gracia ni la bendición que Nuestro Señor les ofrecía. Entonces un religioso de la reforma de San Francisco se levantó y empezó a gritar: '¡Oh Niolo Niolo! ¿Es que quieres que Dios te maldiga? ¿No quieres recibir la gracia que te envía por medio de estos misioneros que han venido desde tan lejos por tu salvación?'. Mientras aquel religioso profería estas palabras y otras semejantes uno de los párrocos a quien le habían matado un sobrino y cuyo asesino estaba presente en el sermón vino a postrarse en tierra y pidió que le diera a besar el crucifijo, diciendo al mismo tiempo: 'Que se acerque fulano (era el asesino de su sobrino) y le daré un abrazo'. Después de haberlo hecho así, se acercó otro sacerdote e hizo lo mismo con algunos de sus enemigos que estaban presentes; a aquellos dos, les siguió una gran muchedumbre de otras personas de forma que durante una hora y media no se vio otra cosa más que reconciliaciones y abrazos; y para mayor seguridad, las cosas más importantes se ponían por escrito y levantaba acta pública un notario"¹⁷.

Esta misión hizo brillar aún más el celo y la genialidad de la predicación del P. Blatiron a quien entre tanto San Vicente le encargó la resolución del delicadísimo problema de los votos en la Congregación.

¹⁷ SVP.ES IV, 389-390; SVP IV, 412ss. Cf. L. Nuovo, *Le missioni in Corsica, Carità e Missione* (2004), 1, pp. 51-56.

Enviado a Roma para la aprobación de los votos

El asunto de los votos estaba en suspenso, desde finales de 1638, cuando para promoverlo, había sido enviado a Roma el P. Lebreton, sin que lo consiguiera, a causa de su muerte sobrevenida en 1641. En 1647 fueron enviados a Roma los PP. Portail, Dehorgny y Alméras, sin que tampoco lograran el objetivo. Entonces San Vicente, viendo que la cosa se estancaba, aprovechando la estima que el Card. Durazzo sentía por el P. Blatirón, jugó una nueva carta. Lo envió a Roma a solucionar el asunto. La confianza de San Vicente en el P. Blatiron fue grande. Se fió de él aun cuando sabía que, en materia de los votos, tenía una opinión contraria a la suya. Una opinión que San Vicente trató de hacerle cambiar escribiéndole una larga carta, el 19 de Febrero de 1655¹⁸, en la que hizo todo lo posible para convencerlo de la necesidad de que todos los miembros de la Congregación emitiesen los votos. No consta por las cartas, cual fue la reacción del P. Blatiron. Solo sabemos que marchó a Roma y que realizó su tarea tan bien que pocos meses después, el 22 de Septiembre de 1655, el Papa Alejandro VII firmaba el Breve *Ex commissa nobis*, aprobando los votos.

Peste en Génova y muerte del P. Blatiron

En Julio de 1656 se declaró la peste en Génova. Durante todo el año el contagio se extendió como una mancha de aceite. Murió también uno de los bienhechores de la casa de Génova, el reverendo Cristóforo Monchia. Las autoridades requisaron la casa de los misioneros para abrirla como hospital¹⁹. El primero de los cohermanos en ponerse al servicio de los apestados fue el P. Lucas Arimondo que estuvo trabajando en el lazareto de la Consolación sólo por doce días, sobreviniéndole el contagio que se lo llevó a la muerte en tres días²⁰. Tras él, toda la comunidad se distinguió llevando alivio espiritual a los apestados y administrándoles los sacramentos. San Vicente animó a los misioneros, pidiéndoles prudencia al exponerse al contagio²¹. Ningún barrio de la ciudad quedó libre. Cada día morían centenares de personas²². Hubiera hecho falta un milagro para que los misioneros se librasen. En la repetición de oración del 17 de Junio de 1657, San Vicente exhortaba a estar dispuestos al martirio, pensando en los misioneros de Génova de

¹⁸ SVP.ES V, 295 ss.; SVP V, 315.

¹⁹ *Notices...*, cit., t. II, p. 193 y SVP.ES XI, 279-280; SVP XI, 402.

²⁰ Cf. *La Congregazione della Missione in Italia dal 1640 al 1835*, pp. 30-31.

²¹ SVP.ES VI, 132-133; SVP VI, 137-138.

²² SVP.ES ??, 311-312.418-419; SVP VI, 323.450.

los que no tenía noticias, porque la comunicación por el correo ordinario, estaba suspendida, a causa de la peste:

“Encomiendo a vuestras oraciones a nuestros hermanos de Génova; actualmente están sufriendo mucho porque han tenido que desalojar su casa para marcharse a una casa de alquiler; y esto con el objeto de prestar su residencia a los apestados. Las fatigas que este traslado les ha causado han sido todavía mayores por el hecho de que sólo han dispuesto de siete días para desalojarla. Sin embargo, todo lo sufren como es debido, por la gracia de Dios; y así, son muy felices porque sufren por los demás. Pues esto es sufrir por los demás: primero por Dios, y luego por todos los otros. Mirad, padres y hermanos míos, hemos de tener en nuestro interior esta disposición, y hasta este deseo, de sufrir por Dios y por el prójimo, de consumirnos por ellos. ¡Oh, qué dichosos son aquellos a los que Dios les da estas disposiciones y deseos! Sí, padres, es menester que nos pongamos totalmente al servicio de Dios y al servicio de la gente; hemos de entregarnos a Dios para esto, consumirnos por esto, dar nuestras vidas por esto, despojarnos, por así decirlo, para revestirnos de nuevo; al menos, querer estar en esta disposición si aún no estamos en ella; estar dispuestos y preparados para ir y para marchar adonde Dios quiera, bien sea a las Indias o a otra parte; en una palabra, exponernos voluntariamente en el servicio del prójimo, para dilatar el imperio de Jesucristo en las almas. Yo mismo, aunque ya soy viejo y de edad, no dejo de tener dentro de mí esta disposición y estoy dispuesto incluso a marchar a las Indias para ganar allí almas para Dios, aunque tenga que morir por el camino o en el barco. Pues ¿qué creéis que Dios pide de nosotros? ¿El cuerpo? ¡Ni mucho menos! ¿Qué es lo que pide entonces? Dios pide nuestra buena voluntad, una buena y verdadera disposición para abrazar todas las ocasiones de servirle, aunque sea con peligro de nuestra vida, de tener y avivar en nosotros ese deseo del martirio, que a veces le agrada a Dios lo mismo que si lo hubiéramos sufrido realmente”²³.

De hecho, la comunidad de Génova quedó anulada en el verano de 1657. San Vicente recibió la noticia a través de la Comunidad de Roma y el 23 de Septiembre de 1657, comunicó a la comunidad reunida, la muerte del P. Blatiron y a una con él, de los PP. Duport, Domenico Bocni, Tratebas, Francesco Vincent, Ennery. El único superviviente fue el P. Lejuge²⁴.

²³ SVP.ES XI, 280-281; SVP XI, 402.

²⁴ ABELLY, *op. cit.*, t. II, l. III, chap. V, sect II, p. 48. La Comunidad tardó un año en ser reconstituida, porque quedaban muchos focos de peste. En Agosto

Las palabras de San Vicente sobre el P. Blatiron quedan como un monumento a su caridad apostólica y expresan la estatura espiritual de este misionero que dio su vida por el prójimo, a la joven edad de 43 años:

“Por fin, su divina Majestad nos ha quitado este gran y santo hombre, el Sr. Blatiron, del que tantas veces habéis oído hablar; este hombre apostólico, por el que Dios ha hecho cosas tan grandes, no lo tenemos ya; Dios nos lo ha quitado... El Sr. Blatiron, ¡ah! ¡qué sacerdote! Este hombre, que nosotros hemos visto aquí ser un pilar en la enfermería durante tres o cuatro años, durante los cuales sabéis lo que ha hecho y ¡qué y cuántas conversiones Dios ha hecho por medio de él! ¡Hasta los bandidos! Es cosa inaudita que los bandidos se conviertan, Jamás las conversiones fueron tan frecuentes desde que los sacerdotes de la Misión están en Italia... Nuestro buen Sr. Blatiron, un hombre que estaba siempre trabajando, yo me pregunto cómo podía estar en pie; un sacerdote cuya mirada solo inspiraba veneración y respeto hacia él. Yo os aseguro, señores, que cada vez que le miraba, sentía en mí un cierto respeto y reverencia hacia este hombre de Dios”.

Traductor: JULIO SUESCUN OLCOZ, C.M.

de 1658 la Comunidad, bajo la dirección del P. Giacomo Pesnelle, reemprindió lentamente su vida y sus obras. Se pudo reabrir el seminario interno, con la presencia de varios postulantes, atraídos por las virtudes heroicas de los misioneros muertos en el servicio a los apestados.